

“Un sueño de surf”

Sentada frente a la ventana de su cocina Aurora disfrutaba de su habitual taza de leche de avena, preparada con todo el mimo necesario para comenzar el día. Le encantaba echarle a la leche su punto de cacao, una pizca de cúrcuma, un punto de nuez moscada, canela y jengibre y todo ello edulcorado con estevia. Sobre la mesa también descansaban plácidamente tras su cocción, unas ricas tostadas de pan negro, recién hecho en su viejo horno, untadas con una deliciosa crema de aguacate ecológico – qué maravillosa combinación y sobre todo qué revitalizante- exclamó en voz alta como si quisiera explicarle a Mozart, el cual trajinaba desde el fondo del pasillo, las virtudes de una dieta vegetariana.

Mozart era un gato negro con mucha experiencia, de paso seductor, envuelto en una inteligencia sutil, con la mirada intrépida como la que reclama el mar embravecido. A su vez ambos compartían el mismo color verde esmeralda. Reinaba en la casa desde hacía ya siete años. Se lo regaló su nieta cuando celebró su 60 cumpleaños. Alba se empeñó en que vivieran juntos.

Recordando aquel cumpleaños permanecía ensimismada en sus recuerdos, deslizándose suavemente sus dedos removiendo el contenido de la taza. Con ellos danzaban sus pensamientos así como lo hacía la cuchara, cuando el sonido de un mensaje aterrizando en su móvil le sacó de su quietud. Sus pequeños ojos azules miraron rápidamente la pantalla del teléfono y una leve sonrisa se confesó en su dulce rostro. Era Alba.

-¡Como si hubiese sabido que hablaba de ella! Esta nieta mía me escribe para avisarme ¡que ya tiene la reserva de alquiler de la furgoneta para ir a Tarifa! ¡Nos vamos a hacer surf!- le gritó emocionada a Mozart.

Mozart hizo un leve ruidito y siguió su trayectoria cruzando la cocina hacia la salita contigua.

Aurora le había prometido a su nieta hacer un viaje juntas cuando ésta se hubiese sacado el carné de conducir. Compartirían carretera y manta, aunque en esta ocasión mejor sería decir carretera y tabla. Se habían comprado dos tablas de surf magníficas en una tienda de deporte especializada. Jamás pensó que cumpliría su sueño de ir a Tarifa a bailar sobre las olas. Estaba enamorada del Océano Atlántico, de sus playas, de la luz que bañaba la tierra gaditana.

Le había mostrado fotos a su nieta de la última vez que estuvo en la región de Cádiz, hacía ya más de 30 años. Aurora era bióloga marina y había ido de joven y como pionera aquella tierra, pues fue de las primeras promociones de biólogas del país, a realizar prácticas para observar avistamientos de ballenas orcas y delfines.

Recordaba el paisaje de la Bahía hilvanado de gaviotas que cruzaban el cielo y de blancos e ilusionados veleros procedentes de la escuela de Juan Sebastián El Cano. Tierra de aventureros navegantes, de soñadores, de artistas y bohemios que vivían a lo largo de su magnífica costa en cabañas sobre huertos de dunas.

- ¡Destino a Cádiz, hacia las playas de Tarifa!- se emocionó Aurora, al pensar que por fin iba a cumplir su sueño de juventud, en el verano de sus próximos 68 años.

Miró su reloj y vio que tenía una hora para vestirse y salir a hacer los recados que aún tenía pendientes. Hoy era martes y partían el jueves por la mañana. Debía darse prisa si quería tachar triunfalmente todo lo que había puesto en su lista antes de las 20h. A esa hora había quedado con Alba para cenar y repasar todos los detalles del viaje. El tiempo latía veloz como su corazón.

– A ver, revisemos qué tengo que hacer- exclamó. – ¡Ah, sí! comenzaremos por recoger de casa de Mónica la mochila,- dijo en voz alta mientras releía una por una sus anotaciones.

Su lista describía algunos de los siguientes recados:

- *Pasar por casa de Mónica para recoger la mochila de ruta, el saco de dormir y la linterna (preguntarle por el repelente de mosquitos, pues le habían dicho que por la noche en la playa su actividad era frenética...)*
- *Hablar con Isabel para dejarle la copia de las llaves, y que ésta pudiera atender a las plantas y echar un vistazo al buzón.*
- *Reservar mesa en el restaurante vegetariano para la celebración de mañana con sus amigas del taller de Ikebana (me pasaré por el local al salir de clase de Yoga a las 18h).*

Una por una fue revisándolas todas hasta la última. La más delicada de las tareas: el cuidado de Mozart, que pasaría a ser responsabilidad de su otra nieta, Rocío, la hermana de Alba.

-Esta misma noche le daré el gato a Alba para que pueda quedarse ya en su casa-, pensó Aurora.

Le daba mucha pena no ver a Mozart en tres semanas. Se había acostumbrado a él, a sus particulares conversaciones. Era su gran maestro Zen. Siempre aprendía observando su comportamiento, su manera de disfrutar de la vida.

De pronto se dio cuenta de que no había consultado el correo electrónico. El mensaje de su nieta, le avisaba que debía imprimir no sé qué papel para poder formalizar el contrato de alquiler del vehículo.

-Bien, entremos en Internet a ver qué sorpresita me ha dejado Alba-, dijo sonriendo Aurora mientras preparaba una bolsa con los enseres de Mozart, aprovechando el tiempo que tardaba su portátil en encenderse.

Mozart pareció entender de qué se trataba el asunto, y no estando conforme con su nuevo destino, tiro el plato de comida que llevaba su nombre, haciéndolo rodar por el suelo como un gran artista de circo.

-Viejo amigo, ya sé que no quieres cambiar de apartamento, aunque tenga mejores vistas, pero es que no se me ocurre otra solución-, dijo Aurora. – ¿O acaso quieres venir conmigo para aprender a hacer surf tú también?-, le preguntó divertida a Mozart.

El ordenador mostraba la foto nevada de la familia, en sus vacaciones de Navidad en Sarajevo, avisando de que estaba listo para recibir más instrucciones.

Aurora consultó el correo y vio el mensaje de Alba donde le detallaba de forma sencilla los pasos a seguir para formalizar el contrato: una clave para identificarse en la oficina conforme a la pre-reserva hecha en Internet, la cuantía para el depósito, llevar impresa una fotocopia de su documento de identidad o de su carné de conducir. También le sugería que llamara antes a las oficinas centrales y solicitara que le dejaran el vehículo y las llaves en la sede que la compañía tenía en el centro comercial, pues éste estaba situado en el mismo barrio donde vivía y le ahorraría mucho tiempo en desplazamiento para la recogida.

Su nieta le había facilitado el trámite de manera que no le fuera tan tedioso. ¡Era tan atenta y amorosa con ella! Mantenían una relación de admiración mutua. Se apoyaban la una en la otra. Alba se quedaba muchos fines de semana con su abuela explicándole sus próximos proyectos, sus aventuras en el despertar de su feminidad, sus conquistas y sus desilusiones. A su vez Aurora sentía que su nieta la rejuvenecía y le despertaba sueños dormidos, revitalizando su espíritu rebelde e incansable por descubrir todo lo que la vida aún le puede ofrecer.

En estos pensamientos de idas y venidas sobre su nieta, terminó de leer sus otros mensajes e imprimió los documentos que necesitaba. Suerte que Alba le había enseñado a usar el escáner-impresora que le había regalado el año pasado.

Se puso en pie y exclamó:

-¡Un viaje largo comienza con un paso!-, y se puso en marcha.

Cerró el ordenador y en breves segundos también la puerta de casa con un suave gesto, como buena alumna de Mozart; gesto que le sirvió para regalar su perfume de jazmín y menta al aire. Éste, como si no quisiera despedirse de ella, se quedó suspendido por un tiempo tras el cierre de la puerta.

Llegando ya a la calle Aurora alzó sus ojos hacia el horizonte y observó que brillaba una luz preciosa. El cielo presentaba trozos caprichosos de color limón y marfil. Era el final de una primavera rebelde que anunciaba un verano adolescente. Se hallaba de un humor espléndido.

-¡Qué maravilloso regalo sentirse viva!-, exclamó Aurora inspirando profundamente como tantas veces lo había hecho en clase de Yoga, y como en todas las lecciones que la vida le había enseñado cuando se trataba de sacarle todo su jugo.

Echó a andar con paso firme y coqueto como si quisiera ya anticiparse a su próximo vuelo. Se imaginó rodando por la carretera con Alba, libres las dos como gaviotas emigrando hacia el sur, hacia el hermoso océano Atlántico.

Su sueño había comenzado a materializarse.